

# Flora Dantus:

la vida en una pequeña caja

## VÍCTOR M. BANDA MONROY

Hija de judíos europeos que vinieron a México huyendo de las persecuciones que sufrieron en los años 30, Flora Dantus quería ser monja a los once años, luego deseó volverse actriz de cine como las estrellas norteamericanas de los cuarenta, pero conoció el mundo del teatro todavía vestida con su uniforme de colegiala y ya jamás quiso salir de esa pequeña caja en que se concentra el mundo.

La conocí en febrero en la inauguración de la exposición de José Luis Martínez, un amigo pintor. Estaba harta de la gente, me dijo, así que ya se iba. “Ya no me es tan fácil soportarlos”. Nuestra mesa, puesta al aire libre, la detuvo un poco. Me llamó la atención su tono al hablar con las personas: dando aliento a los jóvenes y ubicando en la realidad a los adultos, fascinados con sus fantasías de cómo debían ser los chavos. Nos contó de su trabajo formando actores jóvenes tanto en La Casa del Teatro de Coyoacán como en el Centro de Capacitación de Televisa, del enojo de su maestro Héctor Mendoza cuando ella abandonó las clases en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM; “Creo que tenía razón”, nos comentó con un dejo de tristeza.

Esta entrevista me dio la oportunidad de conocer un poco más el papel que ella ha desempeñado en momentos importantes de la vida escénica en México. José Luis actuó como el cómplice, el amigo común que nos acompañó para platicar un poco.

En el restaurante “El Morral”, en Coyoacán, nos reunimos para comer. Los meseros caminaban presurosos entre las mesas llevando el cóctel de frutas, el lomo en salsa, la nieve de limón, los frijoles refritos. Los cubiertos chocaban con la rapidez alcanzada por el hambre de cada quien. La sonrisa de Flora floreció desde lejos, mientras iba cerrando un libro en sus manos. Comimos entre comentarios acerca de películas, obras de teatro y los bajos sueldos de los profesores de teatro (“Me alaban mucho y luego me quieren pagar una mierda”). Ella no se comió completo ninguno de los platos que le sirvieron; dejaba la mitad o un poco más. Vestía una playera de algodón verde clara, una pantalón de mezclilla y zapatos abiertos. Afuera, la gente comía helados, bebía agua fresca o se abanicaba con revistas.

Al principio, cometí el error de ofrecerle disculpas a Flora porque la entrevista giraría en torno a su vida. “Tú pregúntame y yo ya veré si te contestó”, me dijo con encantadora rapidez, ubicándome con una sonrisa.

La primera pregunta logró que sus ojos verdes brillaran ante la oportunidad de darle paso a la memoria: “Mi primer recuerdo... Se revuelven los primeros porque son muchos. De cuando tenía yo tres o cuatro años es el primer recuerdo, como separado del mundo. Nos íbamos cada rato a vivir a los Estados Unidos. Mi papá no quería vivir en México. Recuerdo el calor de Nueva York. Que tenía un traje de baño con faldita, azul marino con rayas y estrellitas. Que salíamos a jugar a la calle; que

hacia un calor tan fuerte que algunas gentes abrían los hidrantes. Te soy sincera: yo no los recuerdo como hidrantes sino como manguerazos. Había chorros de agua en la calle donde los escuincles coríamos... Luego recuerdo el caballo que repartía la leche. La repartían en una mula que tenía a los costados tinajas de fierro gigantescas. Recuerdo el sonido de las tinajas chocando: cloc cloc cloc. Mamá corría con una olla grandota y se la llenaban en la calle.

“Recuerdo otros viajes a otros lugares de Estados Unidos, a California. Pasábamos entre naranjales, naranjales y naranjales. Mi papá tenía un coche Lasalle verde, del treinta y nueve sería porque yo soy viejísima. Se paraba en la orilla del camino. Mi mamá y mi abuela se bajaban a cortar naranjas. Mi abuela tenía un pelo precioso que se amarraba en un chongo atrás, y se lo agarraba con una horquilla grandotota; con esa horquilla le hacía un hoyo a las naranjas para que las chupáramos durante el camino. Esos son los recuerdos más viejos que tengo”.

Estas imágenes provocaron muestras de alegría en su cara. Parece que usa el humor y la picardía como estrategias para no dejarse vencer por el desencanto y la nostalgia. En su muñeca izquierda vestía cinco pulseras de cuentas de colores pastel, en las que predominaba el azul. En su cabello rubio, peinado con gran cuidado, resaltaban rayas rojizas pintadas no con tinte, sino con pintura, mostrando una textura en relieve. Le pregunté el porque tantas idas y venidas de México a Estados Unidos y viceversa. Respondió con rapidez: “Porque mi papá era un idealista. Creía en la justicia; en México nunca ha habido justicia. Él creía que los Estados Unidos eran la cuna de la justicia y de las oportunidades económicas, que a lo mejor en ese momento sí fue.. no sé”.

Esas idas y venidas las provocó la falta de adaptación de su madre a la forma de ser de los habitantes del país del Norte: “Mi mamá odiaba los Estados Unidos. Me

contaba, cuando era yo chica, que se encontró con una mujer vecina en la calle y dijeron vamos a tomar un café. La vecina dijo: “Yo pago”. Serían como veinticinco centavos de dólar por café o veinte. Pasó como una semana, la vecina tocó a la puerta y le dijo: “Es que me debes dinero”. Y mi mamá: “Ten, te lo pago, pero ¿por qué te lo debo?”. “Pues porque nos tomamos un café”. “Se sentía mal allá porque le dolían la envidia, la falta de solidaridad, la mezquindad. Mi mamá venía de un lugar muy diferente, era ucraniana. Nació durante la revolución socialista. Tenía otra idea de vida”.

“Mi papá era polaco de un pueblo cerquita de Varsovia, que se llama Utsch. Mi papá era casi ocho años mayor que mi mamá. Se conocieron en México, creo yo, pero no me preguntes mucho de ellos porque no sé”.



Del Prado

Los padres de Flora Dantus vinieron a México huyendo de la persecución judía en Europa. “Los que no salieron tuvieron que olvidar su religión, pero muchos de todas maneras olvidaron su religión. Mi mamá no creía en Dios, era absolutamente atea, pero mi papá sí, como era de un pueblo chiquito, creía en el Dios judío, y era un señor terriblemente ignorante, porque era de una familia muy pobre y nunca le enseñaron nada. Sabía leer muy poquito en el idioma de los judíos del gheto de Polonia, que era el yidish. Nunca le enseñaron nada. Mi papá era muy inteligente. Inventó cómo multiplicar y cómo dividir él solito. Cuando conoció a mi mamá, ella le enseñó a leer en español. La familia de mi mamá era una familia muy culta: mi abuelo era un maestro y un filósofo. Mi abuela era costurera. Muy culta pero muy pobre. Mi abuelo todo regalaba”.

Cuatro veces fueron y vinieron de Estado Unidos: “Nos íbamos y regresábamos en coche. Mi mamá no aguantaba”.

Cada determinado momento, cuando Flora Dantus consideraba que ya había agotado la respuesta, se detenía para decirme: “¿Qué más quieres saber?” Casi todo lo que le pregunté, lo contestó con gracia, haciendo chistes, dándole un tono simpático o irónico a sus palabras, aunque nunca con sarcasmo. Cuando le pregunté ¿qué valores te enseñaron tus padres?, se puso un poco seria.

“Te diré como creo yo que soy: soy medianamente honrada. Creo mucho en la justicia. Creo que los pobres son pobres porque no han tenido oportunidades, no porque son flojos. Creo que la sociedad debería nivelar la manera en que viven los ricos y la manera en que viven los pobres, y darle a todo mundo oportunidades iguales. Creo que debería haber educación y servicios médicos gratuitos, pensiones. Eso fue lo que me enseñaron mis padres”.

Sin embargo, su padre era socialista hacia los pobres, pero no hacia la mujer: “Mi papá tenía su idea

del rol que debía tener la mujer, pero yo no. Él allá con sus ideas. Yo me escapaba. No me importaba. Le daba yo de gritos y él me daba de gritos de regreso. Pero mi familia no era de golpes ni de borracheras, nadie tomaba. Bueno, mi mamá luego, pero yo ya no estaba en la casa.

“Yo de chica, con todo y que tenía un papá judío, quería ser monja, porque quería hacer el bien. Pensaba que las monjas hacían el bien, fijate, qué bárbara. Era una idealista desde chica, es verdad”.

–Querías ser monja y no lo lograste.

–¿Quieres que te diga por qué no lo logré? Porque fui a la Iglesia Santa Rosa de Lima cuando tenía yo once años y el cura me cobraba doscientos pesos por bautizarme. ¿Y yo de dónde iba a sacar doscientos pesos? Me pareció un monstruo del horror. Pero eso sí, me regalaba unas estampitas muy bonitas en la clase de catecismo. Me sé muchos rezos y tenía muchas estampitas con azucenas y de unas señoras muy bonitas, pero un día decidí que todo eso eran puras mentiras, y dejé de creer como a los once años, pon tú que doce. Decidí que la ignorancia y la religión eran lo mismo y que a medida que yo aprendía cosas, la idea de Dios se iba haciendo chiquita chiquita. O sea que entre más aprendía yo más desaparecía la idea de Dios. Entonces decidí que los dioses son un mito, una historia para las gentes que no quieren pensar y no quieren aprender.

Flora vivía en una ciudad radicalmente distinta a la que hoy habitamos, con un cielo azul, volcanes blancos que se veían desde cualquier punto, pájaros y mariposas por todos lados, aunque también con inundaciones constantes. Las personas tenían que quitarse los zapatos para cruzar la calle y evitar que se echaran a perder. “Para mí era una ciudad bellísima”.

Luego de abandonar la idea de ser monja, no se detuvo mucho a lamentarlo: “De allí comencé a tener

novios y a ir al cine. Quería ser actriz. Siempre hemos vivido cerca de un cine. Primero del Cine Chapultepec, que estaba en Reforma, y luego del Cine Lido, que estaba en la calle de Tamaulipas e Industria, por donde vivíamos nosotros, en Tacubaya. Iba al cine Lido, al Estadio, al Gloria. Tenía una amiga con la que me escapaba de la escuela para ir al cine. Nunca estudié nada. Pasaba muy bien de año porque estudiaba el día del examen y me lo aprendía.

—¿Por la influencia del cine decidiste entrar al teatro?

—No. A los dieciséis años, conocí a un señor con el que me casé. A él le gustaba el teatro. Yo no sabía del teatro, quería ser actriz de cine. Casi no había televisión. Cuando cumplí catorce años, en el 50, mi papá compró una y la llevó a la casa, pero sólo había lucha libre, el Cavernario Galindo contra el Santo, cosas así, y no la veía yo. Había películas mexicanas, que no me gustaban. Me gustaban las películas gringas. Yo creo que por el condicionamiento de mi papá fui muy tendiente a lo gringo.

“Me iba al cine y quería ser actriz de cine. Pero mi ex marido un día me dijo: ‘Vamos al teatro’. Yo fui con mi uniforme del colegio, azul marino con blusa blanca. Vi Yerma con las hermanitas Blanch. Me fascinó. Y entonces dije: ‘Esto es lo que quiero ser’. Mi ex marido quería ser director de teatro. Según él, comenzó a dirigirme, pero nos peleábamos durísimo. Cuando ya nos casamos, yo me metí a Bellas Artes y luego luego tuve un hijo. A él le dio mucho coraje y nos peleábamos peor. Se ponía celosísimo. No es una mala persona mi ex marido, pero argüía que abandonaba yo a los niños por estar estudiando... y que tenía yo muchos novios. Cuando lo conocí era socialista y quería que yo trabajara y todo, y en cuanto me casé se le quitó lo socialista y a mí no, así que nos peleábamos horrible”.

“Primero Aarón [Holtzman] y yo nos metimos a estudiar con un señor que todavía vive hoy llamado Rodolfo Valencia, pero durante todo ese tiempo yo nunca dejé de

tomar danza ni ballet ni esas cosas que me encantaban. Tomaba clases con una señora que era la esposa de Rodolfo Valencia, que era Waldeen. Waldeen me dijo ‘Yo creo que a ti te va más bien el teatro’. En 1956 o 56 y medio me presentó con Seki Sano y él me recibió con mucho gusto. Empezamos a estudiar allí. Para esto yo ya había hecho dos obras: una que había dirigido mi ex marido Aarón y una que había dirigido Rodolfo Valencia, la cual representó un gran éxito para mí, que era La mujer del corazón pequeño de Cromeland. Luego Aarón dirigió Los prodigiosos de Hugo Argüelles. Ya era la etapa de MacCarthy en Estados Unidos y había unos exiliados, entre esos estaban Seki Sano y Waldeen. Me fueron a ver al teatro. Aarón dirigía la obra. A mí me dijeron que yo tenía un talento enorme y a Aarón que era un horror espantoso. Allí fue donde empezaron los problemas más serios con él. Aparte de que yo me enamoré locamente de uno de los actores de la obra y eso aumentó un poco los problemas.”

Otra vez apareció con fuerza su tono irónico, juguetón, cuando menciona esos conflictos hoy tan lejanos.

—¿Siempre ha sido difícil compaginar esta pasión por el teatro con tu vida personal?

—Nunca más lo fue.

Dice las frases de una manera contundente, sin el menor resquicio de duda, aunque volviendo pronto a su tono de divertimento: “Afortunadamente nos divorcamos rapidísimamente, y nunca más me fue difícil. Siempre me relacioné con personas que eran muy teatrales, muy ligadas al medio: actores, directores, autores, que luego se volvieron pintores y fotógrafos”.

Trabajó con Seki Sano. Sus maestros dejaron huella en el teatro de ese tiempo y todavía en el actual: Ricardo Wagner, Héctor Mendoza de actuación, Luisa Josefina Hernández, Emilio Carballido y Alejandro Jorodowsky. Fue con Mendoza que su rumbo dio otro vuelco: “Luisa Josefina iba a poner una obra, Trolío y Crespo, de esto hace cuarenta años o más. En ese momento, Héctor

Mendoza me llamó para Don Gil de las Calzas Verdes. Como yo admiraba y sigo admirando hasta la fecha a Héctor Mendoza de una manera enfermiza, creo, porque lo admiro tanto que no puedo más, me fui con él. Y eso definió mi carrera. Si me hubiera quedado en la obra de Luisa hubiera sido otra cosa totalmente, y como me fui con Héctor resulté lo que soy.

-De lo que has hecho como actriz, como directora, como maestra, ¿qué rescatarías?

-Como directora, rescataría principalmente Decir al desnudo, de Pirandello. Y también Del día que murió el señor Bernal dejándonos abandonados, de Héctor Mendoza; y Misantropías, de Héctor Mendoza. Como actriz, yo creo que La mujer del corazón pequeño y Don Gil de las Calzas Verdes fueron mis mayores éxitos. Luego al público le gustó mucho ¿Y con Nausistrata qué? Pero no hice demasiadas cosas.

-¿Cuándo comenzaste a dar clases?

-Fui asistente casi veinte años de Héctor Mendoza en teatro, en la escuela y en todos lados, pero llegué a un punto de saturación, me separé de él y comencé a dar clases. ¿Cómo? Pues me contrataban. Me decían, oye, Flora, ¿no quieres dar una clase? Y yo decía bueno, a ver. Pero el primero que me asignó clases fue Héctor. Hace como veinte años, en Televisa, formó un grupo para unos educandos especiales. Yo les daba "Aproximación del actor al texto", y él daba todo lo demás. Sacamos muy buenos actores en ese momento. Digo sacamos porque a algunos ni siquiera Héctor los tocaba, pero realmente era responsabilidad de él. Era la generación de Cinthya Klitbo y Salma Hayek. Después de eso montó con ellos La desconfianza, con Nicky Montellini y Klitbo, entre otros.

Contrario a lo que dice y piensa la mayoría de la gente, la relación de Flora Dantus con Televisa no resulta demasiado problemática: "Es una institución muy noble, muy derecha, nunca te falla, nunca te roba. Son

unos comerciantes muy comerciantes, pero muy claros y muy agradables. Te sientes muy bien vista cuando das clases en Televisa. Tienen un servicio muy bueno para el personal que trabaja allí."

Como maestra de teatro ha trabajado en el Núcleo de Estudios Teatrales, en el Centro Cultural Universitario, en la Casa del Teatro, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. "Con todos mi trabajo es más o menos parecido. La diferencia que veo es que en la Casa del Teatro, los muchachos se desarrollan mucho más social y culturalmente que en Televisa. Pero en Televisa los alumnos se desarrollan artísticamente mucho más".

-¿Qué te falta por hacer, Flora?

-Me gustaría tener éxito comercialmente como directora, porque ahora ya no se puede triunfar de otra manera. Me gustaría dirigir mucho mucho aunque no tuviera éxito comercial

El café se enfría. La última pregunta, hemos estado rondándola y no la he hecho todavía:

-Para ti ¿qué es el teatro?

Otra vez deja el humor para ponerse reflexiva: "Es el lugar donde se realizan los ideales. El punto donde es posible la belleza, el amor, donde puedo contar una historia y contribuir así a la belleza, a la alegría. El teatro es la realidad metida en una caja chiquita [con sus manos encuadra treinta centímetros] y allí la puedes ver con una mirada diferente."

Al acompañarla a tomar un taxi, traté de que se sintiera como una heroína del género en contra de machines como su ex esposo, pero ella no lo permitió: "No hay que culparlo. Yo era una escuincla pendeja, no sabía como tratar a un hombre. Yo era coqueta, no estaba lista para él". A falta de ese estar lista, Flora Dantus enfrentó con pasión cada tarea y sin demasiado miedo a equivocarse, tal como lo sigue haciendo hasta ahora. 🐿